

Domingo de Ramos (24-03-24)

Bendición de Palmas y Homilía de Monseñor Carlos

Castillo

(Transcripción)

Bendición de Palmas (explanada de la Catedral de Lima)

Queridos hermanos y hermanas:

Comenzamos la celebración del camino definitivo de Jesús. Jesús siempre caminó en medio de su pueblo, y caminó para servirlo, no para servirse de su pueblo. Lo acompañó, lo curó, lo educó, convocó a un grupo de discípulos para que siguieran su camino, nos dejó la Iglesia, y muchos en esta historia han sabido que esta fiesta de una semana, la Semana Santa, es para entrar en lo profundo y centrarse, concentrarse en el misterio de la muerte y Resurrección de Jesús.

Muerte injusta la del Señor porque hay un plan preconcebido para matarlo, y muerte justa porque Él quiso entregarse para perdonar y no responder con las mismas armas viles de aquellos que planearon la estrategia de matarlo. Por eso, el don de Jesús, en la imagen de un “pequeño rey” que se sube a un burrito y camina con nosotros, es un signo de esperanza para la humanidad de que algún día todo aquel que gobierna, dirige, promueve, actúa como dirigente, es padre de familia, es jefe de cuadra, es director de la hermandad, todos ... seamos siempre servidores gratuitos y sencillos. Y esto significa que, cuando hacemos eso, es porque ha ido entrando el Señor en nosotros.

Hace dos días, el día 23 de marzo, celebramos la Fiesta de Santo Toribio, el segundo arzobispo de Lima. Hace 418 años que, Santo Toribio, por servir a nuestro pueblo, viajando todo el tiempo por las provincias, murió en la casa de un indio en Zaña porque siguió el camino del Señor. Y nosotros festejamos el 27 de abril porque, para traer su cadáver desde Zaña a pie hasta Lima (como fue, también, cuando entró a Lima, se bajó en Paita y vino a pie para conocer a sus ovejas), nosotros festejamos el 27 por esa razón, pero la muerte fue el 23 de marzo, muerte de un signo de Cristo en nuestra historia que marcó definitivamente la vida de la Iglesia. Por eso, Santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, se peruanizó con nosotros y es el patrón de todos los obispos de América.

Y, en segundo lugar, hace 44 años, en un día como hoy, 24 de marzo, ocurrió el asesinato de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, en El Salvador. Celebraba la misa junto a unas monjas después de haber hecho una prédica fuertísima, llamando a la reconciliación en su país. Y varias veces lo habían amenazado para que no siguiera hablando, y él elevó la voz con mucha mayor claridad y dijo que “ante una orden de matar, primero, tiene que primar la ley de Dios a la ley de los hombres”; por lo tanto, dijo “les ruego, les pido les exijo, le ordeno: ¡cese la represión!”. Y esas fueron las palabras que lo sentenciaron a muerte y que, como ustedes saben, terminó derramando su sangre, como Jesús, pero esta vez en el Altar.

Quien se concentra en el Señor en la Semana Santa produce frutos que quedan para la vida eterna y permiten que todos creamos que siempre, a pesar de todos los males, todas las hambrunas, todas las crisis, todas las guerras, todas las ambiciones y locuras que tenemos los

humanos, siempre hay una esperanza que está cimentada ya, hoy día, en nuestra historia, como Jesús que derramó su sangre por nosotros. Ese es el fundamento de nuestra esperanza, y no importa que haya en el mundo de robos, de maltratos, de desprecios, porque el Señor se ha propuesto que el mundo será “una partecita del cielo”, como diría Santa Rosa, y lo va a lograr.

Hoy día, el Santo Padre no ha predicado en San Pedro, y no ha predicado por duelo de todas las guerras que existen en este momento, para que, solamente el acontecimiento de la muerte del Señor, narrada hoy día por el Evangelio de Marcos (y que vamos a escuchar), la contemplemos y dejemos que ella nos vaya penetrando hasta ser todos, gracias al Espíritu de Jesús, que es el Espíritu del Padre, todos aprender a amar a manos llenas como Él nos ha amado.

Por eso, todos unidos, levantando nuestros ramos con alegría, caminemos hacia Jerusalén, como Jesús. A Jerusalén, por más que tenía esa “maldición” del grupo de sacerdotes que, cómplices con el imperio romano, organizaron su muerte, vamos a predicar el Evangelio para cambiar esta Iglesia y mejorarla porque hoy día, también, tenemos en la Iglesia varios muy parecidos a esos estrategias del mal que existieron y la Iglesia los tiene que cambiar.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que todos recibamos esa gracia para afrontar nuestros problemas y solucionarlos, no para evadirlos. Y démosle gracias, que Él, como ser humano que viene como Hijo de Dios, nos muestra la nueva humanidad que podemos vivir todos y que lograremos en medio de esta situación terrible del mundo en donde las guerras, las injusticias, los maltratos,

el hambre y la miseria nos acechan. El Señor nos reparará y repararemos a este mundo.

Que Dios los bendiga.

¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!

Homilía en Catedral de Lima

Hermanos y hermanas:

Si hemos venido esta mañana a comenzar la Semana Santa es porque quisiéramos todos tomarnos en serio el camino de Jesús, no por costumbre, no por moda, no por ese criterio un poco frívolo de, simplemente, “pasar un rato” en las fiestas o recorrer las Iglesias, sino porque, detrás de esos gestos, hay algo más profundo: es dejarnos penetrar hondamente por Jesús.

Dios envió a su Hijo para que, “todo el que crea en Él, tenga vida”; lo cual significa que no fue un envío simplemente para avisarnos de que es un Dios bueno, sino para convertirnos a nosotros en personas justas, buenas, como Jesús.

Y es una cosa muy fuerte en nuestro país, en nuestra comunidad cristiana de Lima que, a veces, consideramos que ser cristiano es una costumbre a la cual obedecemos a través de ciertos gestos rituales. Le celebramos su misa al Señor, le prendemos su velita, pero sin seguir hondamente

el camino de Jesús y dejarnos tocar por Él. ¿Y dónde se nota eso? Se nota en que ha crecido la delincuencia, ha crecido la corrupción, han crecido los malos usos de relaciones, ha crecido la violencia, ha crecido la muerte en nuestro país. Y si una fe no es capaz de transformar desde el corazón más grande de cada uno de los seres humanos, hombres y mujeres que constituimos esa comunidad, nuestra comunidad cristiana está mostrando que tiene algo de estéril, algo de superficial, algo de frívola. Y la Semana Santa es para volver a las raíces de una fe cristiana que aprende a ser testiga del Señor que nos ama, aprendiendo a amarnos unos a otros.

Sabemos que todos tenemos un proceso humano en donde hacemos algunas cosas buenas y otras que no están tan bien, pero eso requiere ser trabajado con el Señor en lo más hondo de nosotros. Y, por eso, en medio de las vicisitudes que estamos viviendo durante estos años, en donde la inestabilidad se va adentrando en la vida de nuestro país, hemos de sentir que, como comunidad cristiana dentro de nuestro país, tenemos que seguir creciendo en transformar nuestro ser en lo que quiere el Señor, un país de cristianos que se van convirtiendo en hombres y mujeres nuevos que aprenden a amar a manos llenas y no se buscan a sí mismos.

Es natural que uno tenga amor propio, pero no tanto que prescindiera de los demás y los someta a sus intereses. Recordemos el camino del bien común que nos lo mostraron los primeros sacerdotes que hicieron, junto con otros laicos comprometidos -muchos héroes nacionales mártires-, la constitución primera del país. Recordemos que todo nuestro país es una nación que está al servicio de toda la Patria, y que nadie puede ser dueño de ella, sino

que todos participamos en común para ayudarnos, y que el Estado no puede ser usado para la vileza de la corrupción y los intereses propios.

Ustedes dirán que nos fijamos mucho en ese aspecto social cuando el problema es espiritual. Ciertamente, estamos llenos de problemas espirituales que repercuten en la sociedad y muestran que no es tan profunda nuestra fe. Y ahora que nos hemos venido a tomar en serio esta Semana Santa para caminar con el Señor, tomemos también en serio las consecuencias de ser cristianos y hagamos lo posible por dejar que el Espíritu del Señor invada todos los aspectos de nuestra vida, como los invaden los de tantas personas que nos han servido y han dado su vida.

Esto fue lo que ocurrió con dos personas que hemos recordado al inicio de la celebración: A Toribio, que fue el santo, el segundo obispo de Lima, que dio su vida hasta la muerte, hasta morir en Zaña, en la casa de un campesino indio. Y que todo el tiempo estuvo pendiente de nuestro pueblo y sus necesidades. También hemos recordado a Monseñor Óscar Arnulfo Romero que, en El Salvador, derramó su sangre, asesinado en el Altar para callarlo y callar esas prédicas que ayudaban a cuestionar y replantear toda la vida de El Salvador.

El Señor nos ha enseñado un camino que es muy duro, pero que es el único camino que nos lleva a la salvación: el amor gratuito y solidario que todos estamos llamados a vivir porque hemos sido creados para amar. Somos a imagen y semejanza de nuestro Dios que se anonada por nosotros; por eso, la Iglesia, en esta celebración de este año, une el más antiguo Evangelio, el Evangelio de Marcos, al más

antiguo cántico que la Iglesia compuso después de la muerte y Resurrección del Señor:

“Tengan los mismos sentimientos que Jesucristo, el cual siendo de condición divina, no se retuvo para sí su categoría de Dios (no se creyó Dios, no se endiosó), sino que se anonadó, tomando la condición de esclavo, pasando como uno de tantos y sufriendo una muerte y muerte de Cruz”.

El peor tipo de muerte que podía existir en el imperio romano era ser crucificado como delincuente subversivo. ¿Por qué Dios, misteriosamente, aceptó que su Hijo asumiera esta condena como delincuente, cuando no lo era? Tanto fue el camino duro que Jesús mismo exclama *“¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”*. Toda su humanidad casi se rebela contra algo tan terrible y, sin embargo, Él aceptó el abandono. ¿Por qué? Porque si se trata de amar, ni el mismo Hijo de Dios puede renunciar a eso si ese amor implica, inclusive, la muerte.

Y cómo será de profundo lo que nos dice el Señor desde la Cruz. Porque no se bajó para matar a nadie, sino que se quedó como una bandera que nos dice: “perdonen siempre, les doy mi perdón. No voy a matar a nadie ni bajarme de la cruz para vengarme”. Esas palabras de Jesús, llenas de misericordia, que acepta la muerte, nos ayudan a todos a comprender cuánto hemos de luchar en forma pacífica, una y otra vez, contra la injusticia, contra los males, para inundar de esperanza a toda la humanidad y a toda la gente. Y para que esos que se burlan de los pobres y de los sencillos, que hacen lo que quieren con nuestro país, inclusive, que hacen lo que quieren con nuestra Iglesia, sometiéndola a negocios turbios, están llamados a convertirse, también. El signo del perdón no debe ser

“borrón” y “cuenta nueva”, sino conversión verdadera y justicia.

Eso supone, hermanos, que todos consensuando amor en nosotros y dejándonos llevar por el Espíritu Santo, aprendamos a amarnos, a renunciar a nuestros intereses viendo cara a cara los problemas y no escondiéndolos, sino tratándolos para ver qué nos pasa, y así podamos ir logrando un consenso general de Paz y de amistad que convenza con claridad a los que se resisten.

Y esa enseñanza el Santo Padre la ha aceptado también para el mundo. El Papa sabe que hay guerras terribles, ha recordado, hoy día, a la martirizada Ucrania, ha recordado el atentado que se ha hecho en Rusia por unos terroristas, ha condenado lo que está pasando en otros países como en Gaza y en Israel, y ha llamado a todos a volver a la hermandad original de nuestra vida.

El Santo Padre, el buen cristiano, sabe que hay que insistir una y otra vez en la Paz, en volver a nuestra hermandad original para no cometer el pecado original, que es desviarse del árbol de la vida y “comerse” la reflexión para actuar simplemente por instinto, sin pensar ni repensar lo que somos y cómo hacemos, considerando que hay un principio básico: el árbol de la vida. No podemos “comernos” el árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, la reflexión.

Por eso, esta semana el Santo Padre ha dicho que necesitamos una “**santidad inteligente**”, no solamente una santidad; porque hay santidades “cándidas”, hay gente muy buena, sí, pero que no reflexiona. Y la educación que hemos tenido en la historia Patria, inclusive, hecha también por la Iglesia, solamente hemos tenido una religión en

donde hay preguntas y respuestas y todo parece claro, pero no hay sentido crítico para empezar a comprender lo interesante que vivimos en la experiencia.

Y, por eso, entonces, tenemos que empezar una labor reeducativa distinta. Por eso, el Señor nos narra su historia, nos muestra los evangelios cómo vivió, y su vida nos interpela. Los evangelios, hermanos y hermanas, fueron escritos como narración para que nosotros pudiéramos también hablar con el Evangelio, como ocurre siempre cuando narramos nuestra vida, cuando nos contamos las cosas en el mercado y nos juntamos para hablar.

Hablar con el Evangelio es escuchar, en la narración del Señor, cómo está presente también ese Señor en nuestra narración. El sentido crítico es eso: es inspirarse y dejarse llevar por el Espíritu que nos interpela, nos pregunta, nos llama, nos acompaña.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, que esta Semana Santa que va acompañándonos durante años de años, durante los siglos que tiene la Patria y los siglos que tuvimos en la colonia, sea motivo para que todos nos adentremos hondamente y nos identifiquemos con el anonadamiento de Jesús, que permite siempre dar oportunidad al Otro y no apabullarlo ni destruirlo.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que el Señor que pasa por nuestras vidas y *nos atraviesa como una espada afilada que penetra hasta lo más profundo de nosotros*, nos acompañe también en este tiempo y salgamos resucitados de esta semana para recrear nuestro país con hondura, belleza, amistad, sin violencia ni injusticia.

Amén

